



Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

LA SANTIDAD DE LOS POBRES. EXPERIENCIA DE LA COMUNIDAD DE SANT'EGIDIO

Tíscar Espigares
Comunidad de Sant'Egidio

6. La santidad de los pobres. Experiencia de la Comunidad de Sant'Egidio

Tíscar Espigares

Comunidad de Sant'Egidio

Resumen

El presente artículo desgrana el lazo profundo e indisoluble entre los pobres y la vida de la Iglesia a partir de la experiencia concreta de la Comunidad de Sant'Egidio, cuya relación con los pobres se caracteriza por ser, ante todo, una relación de amistad. Los pobres han acompañado desde el principio la historia del cristianismo y su presencia ha marcado etapas de reforma significativas para la vida de la Iglesia. En el contexto histórico actual, el pontificado del papa Francisco encarna esa opción por los pobres que indicó el Concilio Vaticano II reconociendo en ellos un signo de los tiempos que interpela de forma radical a la Iglesia de hoy. La propuesta de la *lectio pauperum* constituye un ejercicio espiritual y concreto que invita a «leer» la vida de los pobres como nuevos versículos de la Palabra de Dios que hay que escuchar para reconocer en ellos la presencia de Dios y descubrir lo que Dios quiere decirnos a partir de sus vidas.

Palabras clave: Santidad, pobres, amor.

Abstract

This article describes the deep and indissoluble bond between the poor and the life of the Church from the concrete experience of the Community of Sant'Egidio, whose relationship with the poor is characterized by being, above all, a relationship of friendship. From the beginning, the poor have accompanied the history of Christianity, and their presence has marked significant stages of reform for the life of the Church. In the present historical context, the pontificate of Pope Francis embodies the option for the poor indicated by the Second Vatican Council, recognizing in them a sign of the times that radically challenges the Church today. The *Lectio pauperum* proposal constitutes a spiritual and concrete exercise that invites us to «read» the lives of the poor as new verses of the Word of God that we must listen to recognize in them the presence of God and to discover what God wants to tell us from their lives.

Key words: Holiness, the poor, love.

Los pobres en el centro del Evangelio y de la vida de la iglesia

«La santidad es el rostro más bello de la Iglesia», afirma el papa Francisco en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (GE 9), y en su mensaje para la II Jornada Mundial de los pobres afirmaba también: «Los pobres nos evangelizan, ayudándonos a descubrir cada día la belleza del Evangelio»¹. Hay un lazo profundo e indisoluble entre los pobres y la vida de la Iglesia, de tal manera que la belleza de la Iglesia se muestra de un modo privilegiado a través de la vida de los pobres. De hecho, cuando los discípulos de Juan Bautista van a preguntar a Jesús si es él el Mesías que había de venir o si tenían que esperar a otro, la respuesta de Jesús no deja lugar a equívocos acerca de los signos que acompañan su presencia: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados» (Mt 11, 5). Estos son los signos con los que Jesús indica que Dios ha entrado en la historia de los hombres y las mujeres, no otros. Por tanto, la fe inicia su camino en la historia humana precisamente en el encuentro con estos signos: la curación de los enfermos, el consuelo de los afligidos... Signos que ponen en evidencia la transformación concreta de la vida de los pobres y el anuncio a ellos del Evangelio.

Los pobres han acompañado desde el principio y siguen acompañando la historia del cristianismo como un desafío permanente, a veces incluso como contradicción. Ya lo afirmó Jesús poco antes de su Pasión cuando en casa de Simón el leproso una mujer derramó sobre su cabeza un frasco de perfume: «A los pobres los tenéis siempre con vosotros» (Mt 26, 11).

Si echamos una mirada a los veinte siglos de cristianismo, se observa con claridad cómo la relación con los pobres ha marcado etapas significativas para la vida de la Iglesia, de manera que los grandes momentos de «re-forma» de la Iglesia (cuando la comunidad cristiana ha sentido la urgencia de retomar la «forma evangélica» de vida) han estado siempre marcados por un renovado compromiso en favor de los pobres². Baste con pensar en el impacto del movimiento franciscano, que humanizó un tiempo duro. Así ha sido desde el inicio de la Iglesia primitiva, como nos recuerda el papa Francisco en la *evangelii gaudium*, «cuando san Pablo se acercó a los Apóstoles de Jerusalén para discernir "si corría o había corrido en vano" (Ga 2, 2), el criterio clave de autenticidad que le indicaron fue que no se

1. FRANCISCO: *Mensaje para la II Jornada Mundial de los pobres*. 13 de junio de 2018. Libreria Editrice Vaticana.

2. V. PAGLIA: *Storia della povertà. La rivoluzione della carità dalle radici del cristianesimo alla Chiesa di papa Francesco*, Milán 2014, 10.

olvidara de los pobres (cf. Ga 2, 10). Este gran criterio, para que las comunidades paulinas no se dejaran devorar por el estilo de vida individualista de los paganos, tiene una gran actualidad en el contexto presente, donde tiende a desarrollarse un nuevo paganismo individualista. La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha» (EG 195).

Un gran punto de inflexión lo constituye sin duda el Concilio Vaticano II, con su visión de cómo comunicar y vivir el Evangelio en el mundo de hoy. Una gran síntesis del espíritu del Concilio nos la da una pequeña frase de Juan XXIII, padre del Vaticano II, un mes antes de su apertura: «la Iglesia se presenta como es y como quiere ser, como Iglesia de todos, en particular como la Iglesia de los pobres»³. Asimismo, la constitución *Lumen gentium*, uno de los grandes documentos del Concilio, afirma: «Cristo fue enviado por el Padre a “evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos” (Lc 4, 18), “para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10); de manera semejante la Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo» (LG 8).

Por tanto, la Iglesia como «cuerpo de Cristo» está llamada a hacerse cargo, como carne suya, de la vida de los pobres. Y los pobres, cuyo lugar es el corazón de la Iglesia, provocan a la Iglesia a estar más cerca de Cristo mismo. Lo explicó el papa Francisco con palabras irrefutables durante la vigilia de Pentecostés de 2013 con los movimientos eclesiales: «La pobreza, para nosotros cristianos, no es una categoría sociológica o filosófica y cultural: no; es una categoría teológica. Diría, tal vez la primera categoría, porque aquel Dios, el Hijo de Dios, se abajó, se hizo pobre para caminar con nosotros por el camino. Y esta es nuestra pobreza: la pobreza de la carne de Cristo, la pobreza que nos ha traído el Hijo de Dios con su Encarnación. Una Iglesia pobre para los pobres empieza con ir hacia la carne de Cristo»⁴.

En esto la Iglesia se diferencia radicalmente de cualquier organización humanitaria u ONG, como insiste el papa Francisco. Los pobres no son los «usuarios», el objeto de nuestra solidaridad. Ellos son los primeros hermanos de los discípulos de Jesús, los primeros con los que vivir la amistad que nace de la predicación evangélica. Son ante todo miembros a pleno título de la Iglesia. La Iglesia

3. JUAN XXIII: *Radiomensaje de Su Santidad Juan XXIII un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II*, 11 de septiembre de 1962, Libreria Editrice Vaticana.

4. FRANCISCO: *Vigilia de Pentecostés con los movimientos eclesiales*, 18 de mayo de 2013, Libreria Editrice Vaticana.

siente a los pobres como parte de ella, es más, como la parte que hay que amar y privilegiar. Como señala Giovanni Ramonda, responsable general de la Asociación Comunità papa Giovanni XXIII: «Es una visión nueva donde los pobres ya no son objeto de asistencia, si bien necesaria, sino protagonistas de la historia de Dios»⁵.

Al comienzo de este nuevo milenio la historia está viviendo un cambio profundo. El Papa Francisco está llevando a cumplimiento la recepción del Concilio Vaticano II en la vida de la Iglesia. Para él, el encuentro con los pobres es un signo de los tiempos que hay que comprender con toda su fuerza de cambio y que interpela de forma radical a la Iglesia de hoy. Es muy significativo en este sentido que haya querido instaurar la Jornada Mundial de los Pobres. En su mensaje para la III Jornada, que se celebra el 17 de noviembre de este año, afirma sin ambages: «Jesús no tuvo miedo de identificarse con cada uno de ellos: "Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis" (Mt 25, 40). Huir de esta identificación equivale a falsificar el Evangelio y atenuar la revelación».

El amor es el camino que mejor nos acerca a Dios, también porque es el camino que Dios mismo ha recorrido para llegar hasta nosotros. Por tanto, el amor por los pobres nos acerca a Dios. Recorrer el camino del amor lleva a los hombres y las mujeres a unirse a Dios y entre sí. A lo largo de la historia, el amor evangélico ha revolucionado con fuerza la vida de las sociedades humanas en todos los aspectos. El amor cristiano ha sido y sigue siendo fuente de un humanismo nuevo en todos los pliegues de la historia: ha sido y es todavía hoy un fermento nuevo para las culturas y las civilizaciones, que empuja a reconocer y respetar la santidad de Dios presente en cualquier hombre y mujer, sobre todo en los más débiles. Es una historia que entra en las profundidades de la vida de la humanidad, pero cuya fuente siempre es el amor de Dios.

Amigos de los pobres

Hay un rasgo fundamental que caracteriza la relación de los miembros de la Comunidad de Sant'Egidio con los pobres: el pobre como «amigo».

No cabe duda de que san Francisco de Asís ha sido desde el principio una gran inspiración para esta Comunidad nacida en Roma en 1968, en la estela del Concilio Vaticano II. Francisco de Asís supo leer el «misterio» y el «tesoro» escondido en la vida de los pobres. Su ejemplo es un paradigma extraordinario e insuperado de la forma evangélica de la Iglesia, de esa caridad

5. M. GNAVI (a cura di): *Carità e globalizzazione. Una lettura spirituale delle periferie*, Milán 2014, 193.

que siempre sabe ir «más allá», de las instituciones, de las leyes o de las costumbres de cada época.

Él mismo afirma en su Testamento que el encuentro con el leproso representó el inicio de su conversión, de su cambio de vida: «... me parecía muy amargo ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura del alma y cuerpo; y después de esto, permanecí un poco de tiempo y salí del siglo»⁶.

En tiempos de Francisco los leprosos eran muchos y estaban obligados a vivir apartados, fuera de la ciudad. Francisco encontró a uno de ellos y en vez de alejarse fue a su encuentro y lo besó. Fue un gesto que cambió radicalmente su vida. Narra la *Leyenda de los tres compañeros* que mientras estaba a punto de evitarlo, obedeció a una voz interior que le decía: «en aquello que antes te causaba horror, experimentarás gran dulzura y suavidad inmensa»⁷. Bajó del caballo y dio una limosna al leproso. Pero comprendió que no bastaba con el gesto, comprendió que era necesario ir «más allá», es decir, atravesar el umbral para entrar en el territorio del amor; pasar del respeto a la veneración. Francisco fue más allá y besó en la mano al leproso. Era su implicación personal, afectiva, con aquel leproso y su mundo. De esta forma, con los leprosos comenzó para él una nueva vida, más dulce y atractiva.

Este es un camino que los cristianos deberían recorrer siempre: quien tiene a un pobre por amigo descubre una nueva dulzura en su vida, su existencia cambia de sabor y se vuelve mucho más atractiva.

El Papa Francisco invitaba a experimentarlo con estas palabras durante la vigilia de Pentecostés del año 2013: «Dígame, cuando usted da limosna, ¿mira a los ojos de aquél a quien da limosna? ... Y cuando usted da la limosna, ¿toca la mano de aquel a quien le da la limosna, o le echa la moneda? Este es el problema: la carne de Cristo, tocar la carne de Cristo»⁸. El amor por los pobres es la forma simple de cuidar el cuerpo herido de Jesús y participar en el misterio de la cruz y de la resurrección.

Visitando a la Comunidad de Sant'Egidio con ocasión de su 50 aniversario el pasado 11 de marzo de 2018, el Papa Francisco reconocía el valor de este

6. J.A. GUERRA (ed.): San Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época, Madrid 1993, 121-122.

7. J.A. GUERRA (ed.): «San Francisco de Asís...», 538.

8. Papa Francisco, *Vigilia de Pentecostés con los movimientos eclesiales*, 18 de mayo de 2013, Libreria Editrice Vaticana.

camino de amistad con los pobres con estas palabras: «Quisiera que este aniversario fuera un aniversario cristiano: no un tiempo para medir resultados o dificultades; no la hora de los balances sino el tiempo en el que la fe está llamada a convertirse en una nueva audacia por el Evangelio. La audacia no es la valentía de un día, sino la paciencia de una misión cotidiana en la ciudad y en el mundo. Es la misión de retejer pacientemente el tejido humano de las periferias, que la violencia y el empobrecimiento han lacerado; de comunicar el Evangelio a través de la amistad personal; de mostrar cómo una vida se hace realmente humana cuando es vivida junto a los más pobres; de crear una sociedad en la que nadie sea ya extranjero. Es la misión de superar las fronteras y los muros para reunir. Hoy, todavía más, seguid audazmente por este camino. Continúad estando junto a los niños de las periferias con las Escuelas de la Paz que he visitado; continuad estando junto a los ancianos, a veces descartados pero para vosotros amigos. Continúad abriendo corredores humanitarios para los refugiados de la guerra y del hambre. ¡Los pobres son vuestro tesoro!».

Los pobres son un tesoro porque constituyen la presencia de Dios, son garantía de la cercanía de Dios a nuestra vida. Así lo expresaba san Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador, asesinado el 24 de marzo de 1980 mientras celebraba la eucaristía en la capilla del hospital La Divina Providencia, en San Salvador: «Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos: todo aquél que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre, tiene cerca a Dios. “Clamarás al Señor y te escuchará”. La religión no consiste en mucho rezar. La religión consiste en esa garantía de tener a mi Dios cerca de mí porque le hago el bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras, la garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: ¿cómo me porto con el pobre? Porque allí está Dios; y en la medida en que te acerques a él y, con el amor con que te acerques o el desprecio con que te acerques, así te acercas a tu Dios. Lo que a él haces, a Dios se lo haces; y la manera como mires a él, así estás mirando a Dios. Dios ha querido identificarse de tal manera, que los méritos de cada uno y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y para el pobre» (Homilía del 5 de febrero de 1978).

De la historia milenaria de la Iglesia, y también de la carne viva de la experiencia de la Comunidad de Sant'Egidio, emerge una verdad profunda: necesitamos a los pobres, necesitamos la sabiduría misteriosa que brota de ellos cuando son amados. Necesitamos su imprescindible presencia real y amiga para vivir plenamente según el Evangelio. Qué razón tenía Maurice Zundel cuando denunciaba que «el mayor dolor de los pobres, es que nadie necesita su amistad»⁹. Y, sin

9. M. ZUNDEL: *Silence: parole de vie*, Quebec 1990.

embargo, la necesitamos. No es posible ser cristianos, por tanto, no es posible ser santos, sin los pobres. Sin ellos la Iglesia no es plenamente tal. La presencia del pobre es misteriosa y humanamente poderosa: cambia nuestra vida más que muchos discursos, nos enseña la fidelidad, nos ayuda a conocer la fragilidad de la vida y alienta nuestra oración animándonos a rezar por y con ellos.

Este es otro aspecto importante de cómo los pobres fortalecen nuestra vida de fe y alimentan nuestra esperanza: en ellos encontramos personas que «confían en el Señor». El papa Francisco lo explica de este modo comentando el salmo 9 en el mensaje para la III Jornada Mundial de los pobres: «el salmo (...) ofrece una hermosa definición del pobre. Él es aquel que “confía en el Señor” (cf. v. 11), porque tiene la certeza de que nunca será abandonado. El pobre, en la Escritura, es el hombre de la confianza. El autor sagrado brinda también el motivo de esta confianza: él “conoce a su Señor” (cf. *ibíd.*), y en el lenguaje bíblico este “conocer” indica una relación personal de afecto y amor. Estamos ante una descripción realmente impresionante que nunca nos hubiéramos imaginado. Sin embargo, esto no hace sino manifestar la grandeza de Dios cuando se encuentra con un pobre. Su fuerza creadora supera toda expectativa humana y se hace realidad en el “recuerdo” que él tiene de esa persona concreta (cf. v. 13). Es precisamente esta confianza en el Señor; esta certeza de no ser abandonado, la que invita a la esperanza. El pobre sabe que Dios no puede abandonarlo; por eso vive siempre en la presencia de ese Dios que lo recuerda».

Nunca olvidaré en este sentido la lección que recibí de un jovencísimo amigo, un pobre niño de cinco años que durante un periodo fue cruelmente maltratado por el compañero de su madre. Cuando se acabó aquella pesadilla él me confesó con una naturalidad y una seguridad impresionantes: «Yo sabía que esto terminaría antes o después porque le pedía a Dios todas las noches que se acabara».

No son solo maestros de oración. Al contrario de lo que suele pensarse, los pobres pueden convertirse también en maestros de esperanza, ponen a prueba nuestra esperanza y nos provocan a actuar con audacia y con amor. De este modo, a través de su vida podemos descubrir la fuerza de la resurrección y vivir lo que el papa Francisco indica en la *Gaudete et exsultate*: «dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado» (GE, 139).

Sí, el amor por el pobre empuja a los cristianos a incidir en la historia, de tal manera que los cristianos salen de su irrelevancia cuando aman a los pobres. El conocimiento directo de su dolor nos lleva a no aceptar el mundo tal y como es, nos mueve a cambiarlo, hace nacer una nueva visión de futuro. El contacto con los pobres mueve la inteligencia y el corazón, nos empuja a no ceder a la resignación.

Con sus heridas nos muestran lo que puede hacer el mal, pero con la alegría y la gratitud por la amistad, muestran lo que puede hacer el bien, y el bien es más contagioso que el mal. Sus dolores son advertencias proféticas sobre el fracaso de un mundo sin compasión, advertencias muy actuales en un tiempo que idolatra el dinero, las finanzas, la contraposición y el individualismo.

Por otro lado, los pobres valoran la parte mejor que hay en nosotros, nos escrutan para encontrar en nosotros el rostro amable, la valentía, la fidelidad, la humildad. No nos echan en cara nuestro límite, sino que nos empujan a superarlo. Cuando es amado, el pobre es el primer amigo de Dios que nos habla de él y nos empuja a la transfiguración de nuestra humanidad.

En la experiencia de Sant'Egidio, los pobres son maestros de la gratuidad. El valor de una verdadera amistad está en vivir sin esperar siempre recibir algo a cambio. El encuentro con los pobres libera muchas energías de bien y sobre todo nos hace libres de la obsesión de tener que recibir siempre algo a cambio. En medio de una sociedad dominada por una cultura materialista que confía el futuro a la providencia del mercado, los pobres revelan la belleza de la gratuidad. Una sociedad sin gratuidad no tiene humanidad. De la cercanía a los pobres nace un sentimiento humanista. Un movimiento de amigos de los pobres complejo y variado, libre y comprometido, muestra cómo los pobres son bellos y cómo su lugar da la medida de la humanidad en nuestras sociedades. Quien mantiene un lazo con los pobres, incluso en los momentos de confusión, no pierde el camino de la humanidad. Los pobres son brújulas seguras de la cultura de lo humano.

Lectio pauperum

En la *Evangelii gaudium*, el papa Francisco ponía el acento en un aspecto novedoso en la relación con los pobres: «Quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (EG 198).

El papa insiste en la necesidad de «escuchar» a los pobres. Si, como hemos comentado antes, la decisión de estar de parte de los pobres no es una simple

opción social o política, ni siquiera asistencial, sino una consecuencia de su valor sacramental, porque en ellos está presente Cristo mismo; escuchar a los pobres es también un acto «religioso». Permanecer ciegos a su vista y sordos a sus gritos significa ser ciegos y sordos ante Dios mismo.

Las Sagradas Escrituras contienen la Palabra de Dios, pero hay también otra Palabra de Dios que está «inscrita» en la vida de los pobres. De hecho, hay una íntima relación entre los pobres y la centralidad de la Palabra de Dios. No es casualidad que las dos nuevas fiestas instauradas por el papa Francisco converjan en este punto: la fiesta de la Palabra de Dios¹⁰ y la Jornada Mundial de los pobres.

La *lectio divina* ha sido desde tiempos muy antiguos un método para meditar la Palabra de Dios, para dejarnos interrogar por ella y comprender mejor qué nos está pidiendo. Tradicionalmente la *lectio divina* se estructura en cuatro momentos: la «lectura» de un texto de la Escritura, sin prisa, con paciencia, buscando una comprensión de la misma. El segundo momento es la «meditación» de esa palabra, es decir, saborearla con la ayuda de comentarios exegéticos y de otros pasajes que nos permitan iluminar el texto y comprender su significado y lo que nos quiere decir Dios a través de ella. El tercer momento es la «oración» a partir del pasaje escogido, convirtiendo la Palabra en una petición de intercesión a partir de los sentimientos o situaciones concretas que nos sugiere. Y el último momento es el de la «contemplación», es decir, aprender a ver toda la realidad del mundo con los ojos de Dios, para hacer nuestros los sentimientos de Dios.

Es una disciplina que nos ayuda a que la Palabra de Dios sea esa «lámpara para nuestros pasos» (Salmo 118, 105) y esa luz que ilumine a nuestro prójimo para que lo sepamos reconocer.

De la misma forma, la *lectio pauperum* puede ser un ejercicio que nos ayude a «leer» ese texto que es el pobre mismo y su vida concreta. Cada pobre que encontramos es un conjunto de nuevos versículos que debemos comprender para que podamos reconocer en él la presencia de Dios y aprender a amar como el Señor nos pide. Tenemos que esforzarnos en comprender sus preguntas como si se tratase de la Palabra de Dios, para cambiar y ayudar cada vez mejor al prójimo. Hay que «mirar» al pobre concreto, no lo que pensamos de él. El pobre tiene derecho a la comprensión, a ser comprendido incluso en las cosas que no nos dice, cosas que, si nos detenemos con ellos, a veces son

10. «Sería oportuno que cada comunidad, en un domingo del Año litúrgico, renovase su compromiso en favor de la difusión, el conocimiento y la profundización de la Sagrada Escritura: un domingo dedicado enteramente a la Palabra de Dios para comprender la inagotable riqueza que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo», *Misericordia et misera*, n. 7.

mucho más elocuentes que las que nos dicen. Debemos comprenderlos tal y como son, no con nuestros prejuicios o nuestra concepción, comprenderlos con la inteligencia del amor; con esa capacidad de ponernos en su lugar que es propia de la misericordia, pero que requiere tiempo para que no se reduzca a una sensación superficial. No hay que dejar nunca de comprender al pobre, no basta con hacer algo por él, contentándonos con eso y quedándonos en la superficie. El pobre tiene derecho, quizá más que todos, a la ternura y a la comprensión, a la escucha inteligente, a la búsqueda de las respuestas mejores para sus necesidades. Todos debemos aprender a amar; y si sabemos leer su situación humana y social, sabremos discernir las verdaderas necesidades y encontraremos siempre nuevas respuestas.

Parafraseando la célebre frase de san Gregorio Magno: «La Escritura crece con quien la lee», se podría afirmar que desgraciadamente también es verdad lo contrario, que la Palabra permanece siempre igual y no nos dice nada si no la leemos. Lo mismo ocurre con los pobres, si no los escuchamos actuaremos como si la pobreza fuera siempre la misma, consideraremos a los pobres como «categorías sociales», y nuestro compromiso se reducirá a la respuesta repetitiva a algunas de sus necesidades. Pero eso no es amor. Si no nos paramos con ellos, no comprenderemos nada del hombre o la mujer que encontramos a lo largo del camino, que siempre seguirá siendo un desconocido para nosotros e incluso puede que nos provoque algunas veces miedo, otras fastidio o incluso indiferencia. Hay que pararse, no echar una mirada deprisa. Debemos hacernos cercanos, mirarles a los ojos, tocar su situación concreta, hacernos cargo de ella y llevarles a esa posada que es la comunidad, para volver a encontrarles allí, y no contentarnos de un solo encuentro.

El pobre no es una categoría abstracta e inamovible, es siempre una pregunta que hay que comprender y discernir; no podemos contentarnos sólo con hacer. Con mucha facilidad interpretamos todo a partir de nuestra situación personal, pero la misericordia es hacer nuestra la situación de otro, vivir la suya como si fuese nuestra. La *lectio pauperum* puede ser una ocasión concreta y espiritual al mismo tiempo para reconocer y comprender mejor las preguntas de las multitudes de pobres y sus situaciones específicas, para ofrecer a cada uno el único pan del amor de Dios, que tiene sabores y significados infinitos en función de cada situación. No basta con dar algo, a cada uno hay que darle el pan que necesita y ofrecérselo con sensibilidad, ternura y atención. Como indica el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: «Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro “considerándolo como uno consigo”. Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con

su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia (...) Solo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible que "los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa"» (EG 199).

Los momentos de la *lectio pauperum* podrían ser semejantes a los de la *lectio divina*: Primeramente comprender cada situación en su complejidad y su particularidad, sería la «lectura». A continuación habría que reflexionar para valorar mejor las posibilidades, qué se nos pide y qué podemos hacer más y mejor. Esta sería la «meditación». El tercer elemento sería la «oración» a partir de los pobres, acordándonos de interceder por ellos, porque la oración ilumina nuestro servicio y lo renueva. El papa Francisco incide en el valor de la oración de intercesión en la *Gaudete et exultate*: « No quitemos valor a la oración de petición, que tantas veces nos serena el corazón y nos ayuda a seguir luchando con esperanza. La súplica de intercesión tiene un valor particular, porque es un acto de confianza en Dios y al mismo tiempo una expresión de amor al prójimo. Algunos, por prejuicios espiritualistas, creen que la oración debería ser una pura contemplación de Dios, sin distracciones, como si los nombres y los rostros de los hermanos fueran una perturbación a evitar. Al contrario, la realidad es que la oración será más agradable a Dios y más santificadora si en ella, por la intercesión, intentamos vivir el doble mandamiento que nos dejó Jesús. La intercesión expresa el compromiso fraterno con los otros cuando en ella somos capaces de incorporar la vida de los demás, sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños. De quien se entrega generosamente a interceder puede decirse con las palabras bíblicas: "Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo" (2 M 15, 14)» (GE 154). Y por último llegaría el momento de «contemplar» la ciudad y los hombres y mujeres que encontramos en ella con los ojos de Dios, con los ojos sabios y penetrantes de la misericordia. Descubriremos así una forma nueva de ver todo el sufrimiento alrededor nuestro, pero también muchas posibilidades concretas de actuar.

El fruto de la *lectio pauperum* y de la *lectio divina* sería descubrir en nuestra vida y en la del prójimo la presencia de Cristo, tratando de leerla cada vez con mayor conocimiento y humanidad, y dejándonos cambiar por ella. Descubriremos así cuánto somos amados y también la alegría de amar.

Como bien afirma Andrea Riccardi: «Una Iglesia amiga de los pobres no es negarse a las grandes empresas de liberación o de servicio, sino comprender cuál es la fuerza humilde y débil del cristianismo: la palabra, la misericordia, la enseñanza, el consejo, el amor, el contacto, la fidelidad, la presencia personal, las ideas... Es la fuerza débil del Evangelio, que cambia los corazones y el mundo, sin imponerse

ni dominar»¹¹. Es una fuerza débil pero llena de esperanza, la que ha movido a los cristianos desde los primeros pasos de la Iglesia, como escribe Pablo a los Corintios: «en las pruebas y tribulaciones ha crecido su alegría, y su pobreza extrema se ha desbordado en tesoros de generosidad» (2 Co 8,2). Este es el poder de la amistad con los pobres, que nos invita cada día a ser santos viviendo con amor (GE 14).

11. M. GNAVI (a cura di): *Carità e globalizzazione...*, 72.



 ***Caritas
Española***

Editores

Embajadores, 162 - 28045 MADRID
Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882
publicaciones@caritas.es
www.caritas.es